

El valor guiaba sus pasos

Manuel Valls

El valor guiaba sus pasos

Destinos frente a la Historia

en
sayos

Prólogo de Cayetana Álvarez de Toledo

Traducción de Eduardo Gallarza
y Juan Max Lacruz



Primera edición: octubre de 2023

Título original: *Le Courage guidait leurs pas* (2022)

© Tallandier, 2022, 2023

© Manuel Valls, 2022, 2023

© de la traducción: Eduardo Gallarza y Juan Max Lacruz, 2023

© del prólogo: Cayetana Álvarez de Toledo, 2023

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2023

c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: BK

ISBN: 978-84-127456-2-7

Dep. Legal: M-30708-2023

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Damero bendito*, Editorial Funambulista, 2023

(Adolfo Suárez: © Ministerio de la Presidencia. Gobierno de España;

Charb: Coyau / Wikimedia Commons / CC BY-SA 3.0;

Brandt: Bundesarchiv, B 145 Bild-F057884-0009 / Engelbert Reineke / CC-BY-SA 3.0)

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

CONTRA LOS HOMBRES HUECOS

MANUEL VALLS ES UN SOCIALDEMÓCRATA. Yo una liberal. Manuel Valls es un español que decidió ser francés. Yo una francesa que decidió ser española. Manuel Valls es un ex primer ministro de una república. Yo, una diputada *backbencher* de una monarquía parlamentaria. Manuel Valls es un hombre. Yo, una mujer. Manuel Valls es refractario al separatismo. Yo también. Y esa coincidencia es la que nos hace libres, iguales y hasta fraternos. La que nos une y nos emplaza a la defensa activa de la democracia liberal. En nuestros propios países, por supuesto, pero no solo. Y esto es algo que Manuel Valls ha entendido a fondo; es decir, hasta la acción. La prueba es su relación con España.

Los españoles tenemos una deuda de gratitud con Valls. Bueno, tres deudas. La primera se retrotrae a su etapa como

primer ministro de Francia. Valls se distinguió de la endo-gámica clase política francesa por su compromiso en la lucha contra el terrorismo de ETA. Aquella refinada condescendencia con la que tantos hijos de la República habían contemplado los avatares de España, sol y moscas, sangre y siesta, sería sustituido por un apoyo generoso, enérgico, incluso beligerante. Francia dejaría de ser un santuario de la violencia nacionalista vasca, y los Pirineos, una frontera moral. Matar a un español equivaldría a matar a un francés. O a un alemán. O a cualquier europeo. Y así murió ETA, también por la presión de París.

Nuestra segunda deuda con Valls está domiciliada en Barcelona, la ciudad donde nació y a la que un día, en un doble raptó de nostalgia y responsabilidad, decidió regresar como candidato a la alcaldía y a la esperanza del constitucionalismo catalán. No lo logró —el fracaso es el privilegio del hombre en la arena— y el concejal Valls tuvo que escoger entre investir a un independentista *enragé* o a una comunista cochambrosa, aficionada a la *okupación* ilegal de viviendas. Escogió bien. Sí, la suciedad es preferible a la segregación. Y sí, a veces la mejor política, la de las convicciones, se reduce a la elección del mal menor. No es pragmatismo; es patriotismo. O, como mínimo, un pragmatismo patriótico.

Entonces hubo quienes criticaron duramente la decisión de Valls. De hecho, fueron legión, incluso entre sus afines.

Yo los escuchaba rabiarse y predicar, y no podía dejar de pensar en el jovencito Raymond Aron. En 1932, recién llegado de su primer viaje a Alemania, se entrevistó con el subsecretario de Exteriores Joseph Paganon, a quien ilustró larga y brillantemente sobre el auge del nazismo, el huevo y la serpiente. El político lo escuchó atentamente y, cuando, por fin, acabó, le dijo que todo eso le parecía muy interesante, «pero... ¿y usted, en mi lugar, qué haría?». Aron balbuceó una respuesta torpe y aprendió una lección de vida. Eso es, estimado lector: ¿usted, en el lugar de Valls, qué habría hecho? ¿Hacer alcalde a un separatista? ¿Entregar Barcelona, la gótica, la modernista y la olímpica, a los desquiciados impulsores de un proceso de extranjerización? ¿Seguro? Cuatro años después, también en Barcelona, zona cero del nacionalpopulismo europeo, un concejal del Partido Popular se ha visto en la misma tesitura: ¿a quién entregar el bastón de mando? ¿Al compañero de partido de un presidente del Gobierno sin escrúpulos o al candidato de un prófugo de la justicia? Tras varias semanas agónicas, de presiones ajenas y dudas propias, el atribulado concejal del PP y sus tres compañeros escogieron el mal menor. Fue un gesto de madurez y de patriotismo, y la opinión pública así lo reconoció. «Ha hecho un Valls», se dijo. Se sentenció.

Nuestra tercera deuda con Manuel Valls llega con este libro. Originalmente dirigido a un público francés, su edición

española es mucho más que una apología del coraje como primera virtud cívica y política, un canto al liderazgo en tiempos flácidos o una colección de retratos impresionistas, de reminiscencia zweigiana, de figuras admirables de la Historia: Clemenceau, Churchill, De Gaulle, Camus... Es, también, un vibrante y oportuno llamamiento a la defensa de la España constitucional.

Valls no solo ensalza la figura de Carlos V, el emperador que se retira en Yuste, envuelto en su grandeza y sus contradicciones. También se rebela frente a la relación enfermiza de España con su Historia: triste mezcla de desidia y autoflagelación. Valls no solo rinde homenaje a las víctimas de ETA: aquella conmovedora imagen de las tumbas del socialista Fernando Múgica y del miembro del PP Gregorio Ordóñez en el cementerio de Polloe, tan cerca en la muerte como moralmente en la vida. También denuncia los pactos del PSOE con Bildu porque traicionan su martirio y su memoria. Y Valls no solo reivindica y aclama a los héroes de la Transición y del 23F: Adolfo Suárez, Torcuato Fernández-Miranda, Santiago Carrillo, el general Gutiérrez Mellado... También acusa a la izquierda de socavar su inmenso legado de democracia y reconciliación. Incluso se permite una defensa de Juan Carlos I en términos más categóricos y convincentes de los hasta ahora empleados por cualquier dirigente español. Es el único jefe de Estado en la Historia —apunta— que,

habiendo heredado un poder absoluto, voluntariamente, lo redujo a un símbolo. La monarquía española, más democrática que tantas repúblicas.

Valls tiene orígenes españoles, claro. Hijo del pintor catalán Xavier Valls y de una suiza-italiana de aspecto delicado y mirada mediterránea, nació en Barcelona y no fue hasta los 20 años cuando se nacionalizó francés. Pero esto no explica su compromiso con España. ¿Cuántos españoles hay que consagran sus vidas a la demolición del Estado en el que nacieron? ¿O que se limitan a silbar en el bordillo, lánguidos, coquetos, equidistantes? La lista es ideológicamente transversal y lamentable. Lo que sí tiene Valls es una aversión profunda —arraigada tanto en su experiencia personal como en sus reflexiones intelectuales— hacia las políticas identitarias. «No tengo una sola gota de sangre francesa», repite a menudo, y tituló su penúltimo libro,¹ para subrayar la aparente paradoja de su devoción por Francia, pero sobre todo la vigencia del moderno concepto de ciudadanía, emancipado de la sangre y de la tierra. Valls es un progresista de verdad. Un socialdemócrata que se rebela fieramente contra la deriva reaccionaria de la izquierda. Un guerrero cultural. Una especie no en extinción, pero sí rarísima. Una voz imprescindible en la reconstrucción de lo que un día llamamos el Espacio de

1. *Pas une goutte de sang français*, Grasset, 2021.

la Razón, y que en España consiste en abordar, con toda determinación, aquello que todavía ningún Gobierno, partido o líder se han atrevido siquiera a contemplar: la deslegitimación radical del nacionalismo.

Valls no es lo que los nacionalistas de todo pelaje llaman de forma cavernaria un globalista. Es un patriota ilustrado. O incluso un patriota de la Ilustración. Cree que las naciones necesitan fronteras y que conviene acunar su cultura y su memoria, claro, pero no a costa de la verdad ni de las luces de la civilización. Su oposición al nacionalismo, en cualquiera de sus manifestaciones, tiene el mismo origen que su rechazo al islamismo, al que se enfrentó con brío como primer ministro —lo recuerda aquí en su emocionante homenaje a Charb, director de *Charlie Hebdo*—. Y también que sus valientes críticas al feminismo de tercera ola y al conjunto de la incultura *woke*. A todos estos fenómenos, históricas cabezas de una misma hidra identitaria, Valls les dedica palabras exactas. Las leerán unas páginas más allá: «Estamos ante una verdadera ofensiva, una “contrahistoria” con evidentes objetivos ideológicos. Se trata de un pensamiento totalitario. No debemos dejar que se imponga y no debemos dejarnos impresionar. Como en los tiempos del estalinismo o del maoísmo, todo aquel que quiera mantenerse fiel a sus valores y que critique el *wokismo* será considerado como un traidor en su propio campo. Celebro que haya intelectuales de izquierda

que no se dejan intimidar por estos nuevos “guardias rojos”». Nos unimos a esa celebración, también en España. Pero... ¿y los políticos? ¿Dónde están?

Valls es un apasionado de la Historia. En esto también nuestras biografías convergen. Pero, además, él tiene la lucidez y visión necesarias para detectar en el presente los virus del pasado. Efectivamente, las políticas identitarias, que galopan a lomos del victimismo, envueltas en nobles propósitos y bellas palabras, son herederas de los totalitarismos del siglo xx. Anulan al individuo. Imponen la censura. Promueven la segregación. Socavan la democracia desde el interior. Al anticiparse en su denuncia, Valls recoge el testigo de los intelectuales a los que tanto admira: François Furet, el propio Aron. Con una diferencia sustancial. Él no es un «espectador comprometido», como se definió a sí mismo Aron. Él ha sido y será siempre —porque las verdaderas vocaciones no caducan— un político. Aquí reside, también, el valor de este libro. La defensa de la democracia liberal, que en España cuaja en la Constitución, necesita hombres de acción, dispuestos a bajar a la arena, donde los focos arden, las masas rugen y la exposición es total. En esto también coincidimos el socialdemócrata y la liberal, en discrepancia con la vieja Escuela de los Annales: el líder político tiene una responsabilidad crucial en el devenir de los acontecimientos. Los grandes hombres son decisivos.

El que se planta. El que arriesga. El que arma la Resistencia. El que encabeza el Desembarco. El que, vacío de palabras, se arrodilla ante el monumento a las víctimas del gueto de Varsovia. El que, hoy mismo, desafía los delirios expansionistas y las bombas de un criminal curtido en la KGB. Ese mueve el mundo, porque conmueve y remueve al ciudadano común al recordarle que suya también es la responsabilidad.

La responsabilidad, esa virtud despreciada, ese elefante en la habitación occidental. Valls cita una entrevista de Oriana Fallaci a Willy Brandt en la que este explica la diferencia entre la culpa y la responsabilidad. No todos somos culpables, dice. Pero sí somos todos responsables. «Si nos preguntamos por qué Hitler llegó al poder [...] no fue solo porque hubiera millones de personas lo bastante necias para seguirlo, sino porque todos las demás no fueron capaces de pararle los pies». Esto es aplicable a cualquier ciudadano de cualquier democracia del mundo. Y, desde luego, a los españoles en este momento decisivo de nuestra Historia. De hecho, no basta con preguntar: ¿y usted, en mi lugar, qué haría? También hay que preguntar: ¿y usted, en el suyo, qué está haciendo?

Las democracias se acaban como el mundo según *Los hombres huecos* de T. S. Eliot: *Not with a bang but a whimper*, no con un estallido, sino con un quejido. Se disuelven

en la apatía y en la indiferencia, incluso en el pesimismo. El pesimismo es la gran coartada de los cobardes, la excusa para no hacer nada. El optimismo, en cambio, es combativo. El optimista se levanta del sofá y hace lo que debería hacer cualquiera con un mínimo conocimiento de la Historia y del impresionante progreso que la Humanidad ha experimentado en los últimos tres siglos: trabajar para que ese progreso continúe. Sí, pocas fuerzas hay más poderosas que la esperanza unida a una causa justa. Y la española lo es. Este es, en definitiva, el mensaje grave y amoroso de este libro: españoles, valoren su pasado, cuiden su presente y defiendan su futuro. Lo que hoy se dirime no es la victoria de una España sobre la otra; es la supervivencia de la Tercera España. La democrática, la europea, la luminosa. La que desde 1978 permite a los distintos vivir juntos en igualdad y libertad. La que nos hermana, entre tantos otros, a un socialdemócrata y una liberal. Es un tesoro por el que merece la pena desplegar un coraje inexpugnable. Fíjense hasta qué punto, que se lo dice un francés.

CAYETANA ÁLVAREZ DE TOLEDO

El valor guiaba sus pasos

*«El valor es la primera de las cualidades humanas,
porque es la que garantiza todas las demás».*

WINSTON CHURCHILL

*«Matar a un hombre no es defender una doctrina,
es matar a un hombre».*

SEBASTIÁN CASTELLIO

«Hice lo que hacen los hombres cuando les fallan las palabras».

WILLY BRANDT

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA A MODO DE ADVERTENCIA

*Tengo dos amores...*²

NO NACÍ FRANCÉS, me hice francés.

No tengo una sola gota de sangre francesa, pero Francia corre por mis venas... Así que soy francés.

Por supuesto, siempre lo he sabido.

Pero esta obviedad se vio reforzada recientemente durante los tres años que pasé en España, que dieron un vuelco a mi vida personal y profesional.

Conocí a Susana, la mujer que amo. Es catalana, de Barcelona, profundamente española, francófona y francófila, con la que encontré paz y armonía.

2. Alusión al estribillo de la conocida canción de Josephine Baker (1906-1975) *Tengo dos amores* (1930), que reza: «Tengo dos amores, mi país y París...».

He aprendido mucho de esta experiencia política y —hay que recordarlo— de la inédita campaña municipal de 2019 en Barcelona. No pude ganar —una tarea imposible, es cierto—, pero sí conseguí evitar la elección de un alcalde independentista. La prensa llegó a calificar este mal menor como «hacer un Valls». Tuve que adaptarme a prácticas que eran nuevas para mí, vinculadas a un sistema de listas proporcionales que no genera mayorías claras, y también al peso, en mi opinión, demasiado importante de los aparatos políticos. Explicar un proyecto que pretendía trascender las divisiones políticas tampoco fue tarea fácil. Pero, por encima de todo, me satisfizo mucho el poder recorrer las calles y barrios de Barcelona, conocer a gente de toda condición.

Volví a París, pero no me arrepiento de mi aventura en Barcelona. El arrepentimiento y el remordimiento no sirven para nada, solo te entristecen y te amargan.

Pero quiero ser sincero: durante ese periodo en la política española todo me traía de vuelta a Francia: las referencias históricas o culturales, los valores invocados...

Mi cultura es, ante todo, la de Francia: Hugo, Dumas, Péguy, Camus; su Historia me emociona, de Carlomagno a Juana de Arco, de Luis XIV a la Revolución de 1789, de Bonaparte a Gambetta; admiro a Georges Clemenceau y a Charles de Gaulle.

Soy un puro producto de la escuela pública francesa y de la integración republicana, un defensor acérrimo de los valores universales que son la base de nuestra identidad, de los valores universales que me inculcaron. Soy un apasionado de la libertad, nuestro bien máspreciado, de la igualdad —que no es igualitarismo, sino igualdad de derechos— y del laicismo, sinónimo de libertad de conciencia y separación de las Iglesias y el Estado.

Pero el laicismo que tanto valoro no consiste en borrar una herencia europea que ha dado forma a nuestros paisajes y nuestras ciudades, no es la erradicación de una memoria viva en la música, en la literatura y en nuestros museos. La emoción ante los cuadros de Fra Angelico en el convento de San Marcos de Florencia, el vértigo que se apodera de uno al pie del Mont-Saint-Michel en Normandía, entre las tumbas del cementerio judío de Praga, las lágrimas que se derraman al ver arder Notre Dame de París, la felicidad que se siente al leer los escritos y poemas de San Juan de la Cruz, todo ello da testimonio de un pasado que nos ancla en una civilización.

Mi Francia es la Francia de la Ilustración, la patria de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, con su herencia y su ambición de hablar siempre al mundo, aunque ello sea irritante y no esté exento de arrogancia y errores. También es una nación fuerte, líder en Europa y poderosa en la escena internacional, dotada de la disuasión nuclear, un ejército con

proyección reconocida y respetado, y un servicio diplomático de gran calidad. Su puesto permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, producto de la Historia, le confiere una posición única. Francia siempre tiene una visión del mundo que defender.

Estoy orgulloso de ser francés, soy un patriota y he tenido el honor de servir y representar a Francia al más alto nivel. No hay muchos países en el mundo que puedan ofrecer a un ciudadano naturalizado a los 20 años, nacido en el extranjero, de padres extranjeros, y que, por tanto, no tiene ni una gota de sangre francesa, la oportunidad de ser alcalde, diputado, ministro y primer ministro. Siento una gran gratitud hacia mi país.

Sin embargo, nunca he olvidado mis raíces ni he renunciado de mis vínculos con España. Nací allí, y estos vínculos son familiares y afectivos. La familia de mi padre, que se instaló en Barcelona a finales del siglo XIX, procedía de Tarragona y del Pla d'Urgell. Mi bisabuelo Josep María era banquero. Era un apasionado de la política y de la cultura, y participó en la política catalana en plena Renaixença. Fue concejal del Ayuntamiento de Barcelona a principios del siglo pasado. A menudo he pensado en él al tomarle el relevo en el mismo consistorio ciento veinte años después. Mi abuelo Magí era un ferviente católico, y también catalanista, poeta y periodista. Lo menciono en el capítulo de este libro dedicado a André Malraux.

Mi padre, el pintor Xavier Valls, se trasladó a Francia en 1949. Le encantaba París, la luz en Notre Dame vista desde la ventana de nuestro piso del barrio del Marais, que era también su estudio y donde aún vive mi madre, Luisa. Le encantaba pasar los veranos en Barcelona, en su barrio de Horta, y reunirse con sus viejos amigos. Sin embargo, no ocultaba su tristeza por haber sido mejor recibido y reconocido como artista en Madrid que en su tierra natal, cuyo provincialismo le irritaba. En París nunca se encerró en el círculo de la comunidad española. Todo lo contrario. Era un artista libre, alejado de todas las modas, curioso de todo y abierto a todos. Amaba Francia sin dejar nunca de sentirse profundamente español. De él me viene mi doble cultura. De mi madre también, del ambiente de mi familia, de nuestros viajes, de mis lecturas. Sencillamente, de mis orígenes.

Me gusta lo eterno de España, el calor y la dureza de su tierra, los horarios de trabajo escalonados, el apego a la familia. Este país de extremos y excesos, que genera el «sentimiento de la vida» sobre el que escribió Miguel de Unamuno, y que la figura del Quijote ilustra en su gusto por la libertad. El grito del flamenco, las procesiones de Semana Santa, la belleza y la violencia del toreo, la emoción de la sencillez pictórica de Zurbarán, la locura desenfrenada de Gaudí y Dalí, el genio de Picasso, los versos de Machado, las películas de Saura y Almodóvar o las novelas policíacas de Vázquez

Montalbán, todo esto me recuerda de dónde vengo, del sur, del Mediterráneo, el Mediterráneo cantado por Joan Manuel Serrat... España también tiene una modernidad y unas ganas de vivir, un optimismo que no se encuentra en ningún otro sitio.

Me encanta la lengua española, la lengua de Benito Pérez Galdós, Fernando Aramburu y Mario Vargas Llosa, pero también disfruto pasando del castellano al catalán y releendo las lecciones de Josep Pla. Este catalán que hablábamos con mis padres y mi hermana Giovanna en París, y que me une ahora a Susana...

Me apetece pasar tiempo en Madrid, cuya vitalidad siempre me sorprende, y en el sur de Andalucía, donde la acogida es tan cálida. Me encantan las brumas marinas del País Vasco y la fuerza del Atlántico en Galicia. Confieso que perdí la fe el año en que cumplí dieciocho años, en Santiago de Compostela, o, más bien, que rompí con la práctica religiosa: demasiadas incoherencias, demasiadas contradicciones. Desde entonces busco esa fe en el «cristianismo personal» tan querido por José Bergamín, que escribió que «la fe no es querer creer, sino, exactamente lo contrario, creer sin querer». Dudo, me hago preguntas. La búsqueda del sentido de la vida solo termina con la muerte.

Mientras tanto, soy feliz en Menorca, la patria de la abuela materna de Albert Camus. Me interesa recordar aquí

que Catarina Maria Cardona, esposa de Étienne Sintes, nació en 1857 en Sant Lluís, una población construida por los franceses, se marchó a Argelia, al igual que muchos menorquines, atraídos por la perspectiva de una vida mejor en la nueva colonia francesa. La pasión de Camus por España no provenía únicamente de su solidaridad con los republicanos o de su ciudad Orán, tan española. Era aún más íntima. Me hubiera gustado que escribiera sobre esta hermosa isla con su carácter áspero...

Con el tiempo, he comprendido mejor las diferencias entre estos dos países. Sería absurdo lamentarse por ello. Cada pueblo tiene su propio genio, fruto de la historia, la cultura, el clima y la geografía e incluso la gastronomía. Las palabras nación, unidad nacional, patria, república, laicidad, monarquía no tienen el mismo significado a ambos lados de los Pirineos. Esto es desconcertante a veces.

Pero desde hace algún tiempo me sorprende constatar una especie de renuncia por parte de España a hablarle al mundo —solo Felipe González y José María Aznar se han mostrados activos en cuanto a la diplomacia—; un mundo que, todo hay que decirlo, llegó a dominar durante siglos, y a pesar de que su lengua la hablan quinientos millones de personas, más que el francés en la actualidad. Es sin duda en la relación con su historia donde hay que buscar esta actitud.

En Francia, explorar y debatir nuestro pasado es a veces una pasión enfermiza. Conmemoraciones, celebraciones, aniversarios, obras históricas y exposiciones. Nada se deja de lado: la conversión de Clodoveo, la gloria de Luis XIV, el Rey Sol —cuyos descendientes reinan en España—, la decapitación de Luis XVI, Napoleón, que dejó malos recuerdos en España —el dos y tres de mayo de 1808, que fueron inmortalizados por Goya—, el caso Dreyfus, la Guerra Mundial de 1914-1918, la humillante derrota de 1940, que aún pesa en la memoria nacional, la responsabilidad del Estado francés en la deportación de los judíos, los efectos aún candentes de la colonización, la epopeya de De Gaulle... Por encima de todo, buscamos en un pasado glorioso las razones por las que seguimos siendo una gran potencia.

España tiene poco o nada de eso. Sin embargo, cuenta con algunos historiadores admirables. La obra *Cristóbal Colón*³ de Salvador de Madariaga, por citar solo uno de ellos, ha sido leída en todo el mundo. Historiadores franceses, británicos y estadounidenses han explorado la historia del siglo XVI, la conquista del Nuevo Mundo o la Guerra Civil como los han sido pocos periodos históricos. Me gusta hablar con mis amigos Gregorio Marañón, César Antonio Molina, Juan Luis Cebrián, Pedro J. Ramírez o Cayetana

3. Salvador de Madariaga (1886-1978), *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, 1959.

Álvarez de Toledo sobre el pasado de nuestros respectivos países. Sé de la cultura histórica de Alfonso Guerra o de José María Aznar.

Por supuesto, no ignoro las polémicas en torno a la ley de Memoria Histórica y la exhumación de Franco del Valle de los Caídos. A mí también me apasiona la Guerra Civil española. Pero, si bien comprendo perfectamente el deseo de verdad, veo que estos debates, a menudo caricaturescos, están demasiado a menudo ligados a las cuestiones políticas del momento. Los mejores años de España en los dos últimos siglos, es decir, desde 1975 y la muerte del dictador, están siendo cuestionados. El objetivo es desacreditar lo que algunos llaman despectivamente «el régimen de 1978», o sea, cuarenta y cinco años de democracia, y borrar la ejemplar dignidad del pueblo español frente al terrorismo de ETA. Se revisita la Historia para señalar exclusivamente a los enemigos de hoy. La gente te llama fascista, ¡facha!, o comunista, ¡rojo!, sin saber el significado de estas palabras, simplemente para excluirte del debate. Muchos quieren agitar los viejos demonios del pasado y la pasión por la confrontación. Por eso me preocupa que las izquierdas españolas favorezcan alianzas con los nacionalistas catalanes y vascos, que, lógicamente, no buscan el bien común de España.

La polarización excesiva, el culto a la posverdad y la reescritura de la Historia se utilizan para promover el populismo

de derechas o de izquierdas. Es urgente responder a estos relatos revisionistas impregnados de odio hacia los demás y hacia nosotros mismos. También debemos hacerlo frente a la «cancel culture»,⁴ la ideología «woke»,⁵ las tesis identitarias e indigenistas o racialistas. Este viento maligno procedente de Estados Unidos quiere romper con nuestro pasado común europeo, nuestra civilización. La movilización de todas las identidades victimistas pone en tela de juicio nuestro universalismo. El objetivo de esta ideología es *deconstruir* todo el patrimonio cultural y científico de Occidente, al que se acusa de sexista, racista y colonialista, siendo los blancos racistas por definición. Por desgracia, la «raza» o el color de la piel han vuelto a convertirse, desde algunos sectores de la izquierda, en determinantes esenciales de nuestras identidades, esta vez en nombre del progreso. La lucha de clases ha sido sustituida por la «lucha de razas». Se trata de un terrible paso atrás. Pone en peligro la lucha contra la desigualdad y las discriminaciones.

4. Del inglés *cancel*: anular, cancelar; cultura de suprimir o de cuestionar, aparecida en Estados Unidos, consistente en denunciar públicamente a personas, grupos o instituciones responsables de actos, comportamientos o palabras percibidos como inaceptables.

5. *Woke* («despierto» en inglés) es un término que, originado en los Estados Unidos, inicialmente se usaba para referirse a quienes se enfrentan o se mantienen alerta frente al racismo. Posteriormente, ha llegado a abarcar una toma de conciencia de otras cuestiones de desigualdad social, por ejemplo, o en relación con el género y la orientación sexual.

Ya no hay lugar para los matices ni el discernimiento. No se trata de mantener un debate lúcido sobre los orígenes y las terribles consecuencias de la trata de esclavos y la esclavitud, que son universalmente condenadas; no se trata de plantearse cuestiones sobre la colonización y sus profundos efectos a lo largo del tiempo, sabedores del trabajo histórico con una trayectoria de años; no se trata de reflexionar sobre la evolución del sexismo en nuestras sociedades modernas, en un momento en que la lucha por la igualdad entre mujeres y hombres es incesante, al igual que la lucha contra la violencia hacia las mujeres. Al contrario, se trata de librar una guerra cultural sin cuartel, que se traduce en una oleada de intolerancia en los medios de comunicación y hasta en las empresas, en las escuelas y, sobre todo, en el mundo académico, mediante arrepentimientos sumarios, la prohibición de expresarse a los que piensan diferente, el derribo de estatuas y la supresión del cuerpo. Los defensores de la teoría de género, el último avatar de la «tabla rasa», niegan la diferencia entre los sexos, que es un elemento esencial de nuestra condición humana.

Estamos, pues, ante una verdadera ofensiva, una «contrahistoria» con evidentes objetivos ideológicos. Se trata de un pensamiento totalitario. No debemos dejar que se imponga y no debemos dejarnos impresionar. Como en los tiempos del estalinismo o del maoísmo, todo aquel que quiera mantenerse fiel a sus valores y que critique el «wokismo» será

considerado como un traidor en su propio campo. Celebro que haya intelectuales de izquierda que no se dejen intimidar por estos nuevos «guardias rojos»; en Estados Unidos, Mark Lilla y Susan Neiman, en Francia Nathalie Heinich, Caroline Fourest o Jean-François Braunstein; y en España Félix Ovejero o Arcadi Espada... Es esencial una respuesta firme, con relatos históricos que se basen en la investigación científica, la realidad de los hechos, los matices y la razón.

La enseñanza de la Historia es, por tanto, un reto importante para nuestras democracias. Por eso hay otros episodios o figuras de la Historia de España que merecen una mirada positiva.

Pienso en el reinado de Carlos III, en las Cortes de Cádiz, en la figura poco conocida del general Prim o en las excelentes generaciones de intelectuales del 98 o del 27, que han marcado la Historia de uno de los más antiguos Estados nación de Europa. Me sorprendió la falta de entusiasmo a la hora de conmemorar la increíble gesta de Magallanes, del Atlántico al Pacífico, al servicio de la Corona de Castilla... Qué lejos estamos de los festejos de la Exposición Universal de Sevilla de 1992, que celebró con orgullo y esplendor el 500 aniversario del descubrimiento de América.

El peso de las «leyendas negras» españolas, la retórica revisionista procedente del otro lado del Atlántico, el agujero negro en torno al siglo XIX español —del siniestro Fernando VII

hasta la pérdida de Cuba, pasando por las guerras carlistas—, un siglo XX marcado durante mucho tiempo por la neutralidad y el aislacionismo, una terrible guerra civil y cuarenta años de dictadura pesan sin duda en el inconsciente colectivo. En este contexto, es difícil elaborar un relato nacional del que todos puedan sentirse orgullosos, y más aún en esta «España invertida» definida por Ortega y Gasset donde hay tantos programas de Historia en las escuelas como regiones hay.

Paradójicamente, tal vez sea el reciente espectáculo del Puy du Fou —un concepto francés— en Toledo lo que mejor presenta esta Historia para el gran público, a partir de un trabajo histórico de calidad: el Cid, Lope de Vega, Colón, la Guerra de la Independencia contra Napoleón, la Guerra Civil son temas tratados con sensibilidad. Y para ser justo, no olvido el éxito de las series de televisión sobre las vidas del Cid, Isabel la Católica o Carlos V.

Cuando leí *Una historia de España*, del escritor Arturo Pérez Reverte,⁶ un éxito editorial corrosivo, divertido e instructivo, comprendí mejor lo que él llama un rechazo muy español a hablar del pasado, una forma de suicidio histórico.

Sin aprender del pasado, es difícil pensar en el futuro. Admitámoslo, todas las sociedades modernas se enfrentan al mismo reto de pérdida de memoria y crisis de transmisión,

6. Arturo Pérez Reverte, Alfaguara, 2019.

pero los españoles parecen cultivarlo con pasión... Por eso, cuando recibí la oferta de publicar este libro en español, incluyendo algunas figuras españolas de mi elección, lo vi como una oportunidad inesperada de contribuir, siquiera modestamente, al necesario orgullo por el propio pasado en el país que me vio nacer. La elección de Carlos V, su abdicación y la retirada a Yuste, y la de los héroes de la democracia española —el rey Juan Carlos, Adolfo Suárez, Torcuato Fernández-Miranda, Manuel Gutiérrez Mellado, Santiago Carrillo, Felipe González... y las víctimas del terrorismo de ETA— fueron, a mi juicio, la mejor manera de ilustrar la Historia de España. Estas elecciones son necesariamente personales y subjetivas, pero ya estaban presentes en la introducción de la edición francesa, que descubrirá seguidamente el lector y que da sentido a este libro. Porque, al fin y al cabo, todos estos personajes no pertenecen a un solo país ni a un solo pueblo; su ejemplo de valor, moral o físico, tiene un significado universal que nos concierne a todos.

Mi más sincero agradecimiento a mis editores Dominique Missika (Tallandier) y Max Lacruz (Funambulista) por haberme brindado esta maravillosa oportunidad de convivir durante meses con tan ilustres y fascinantes figuras y de concluir así una maravillosa aventura franco-española.

Menorca, octubre de 2023

INTRODUCCIÓN

EL VALOR INDIVIDUAL es una virtud muy misteriosa. A veces se revela en el curso de circunstancias excepcionales, en una persona con una dimensión heroica que su pasado no dejaba presagiar, y cuyo peso cambia de repente. Aún más misterioso me parece el coraje colectivo, esa chispa frágil y fugaz que electriza a unos cuantos individuos y a veces se propaga a todo un pueblo.

Es en las pruebas y los vaivenes de la Historia donde las grandes personalidades cobran vida. A través de sus palabras, sus actos y sus gestos, saben infundir su energía a toda una nación. Fue Clemenceau, el anciano indomable, quien cambió el curso de la guerra en 1918. Fue también Churchill en 1940. De repente, ese rebelde, ese excéntrico, cuyas humoradas admiraba la Cámara de los Comunes sin tomárselo del